

Tarragona. — Proyecto de paseo arqueológico. — Falsa Braga.

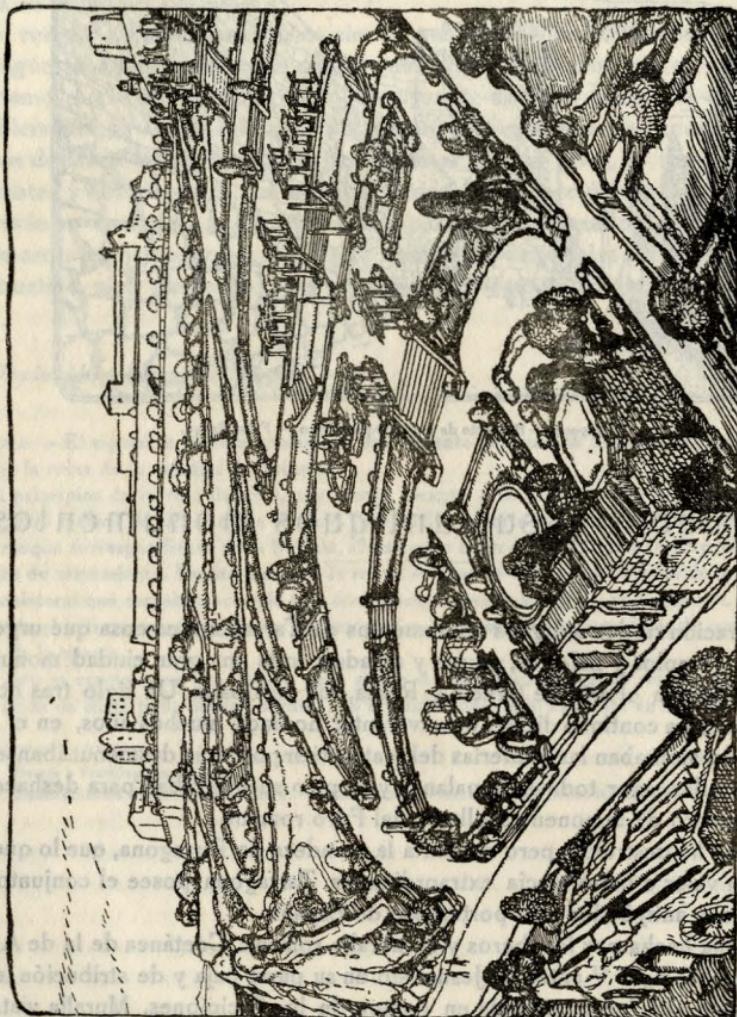
Tarragona y sus antiguos monumentos

La valoración de los antiguos monumentos de Tarragona es cosa que urge llevar a cabo. Templos y palacios, muros y arcadas: toda una gran ciudad monumental, construída con el arte de Grecia y Roma, fué derribada. Un siglo tras otro la labor destructora continuó firme, perseverante; no hace muchos años, en el siglo pasado, se desmontaban las graderías del teatro; tiempos atrás desmenuzábansen mosaicos y murallas; ayer todavía la palanca y el pico se utilizaban para deshacer un majestuoso muro de imponentes sillares del Foro romano.

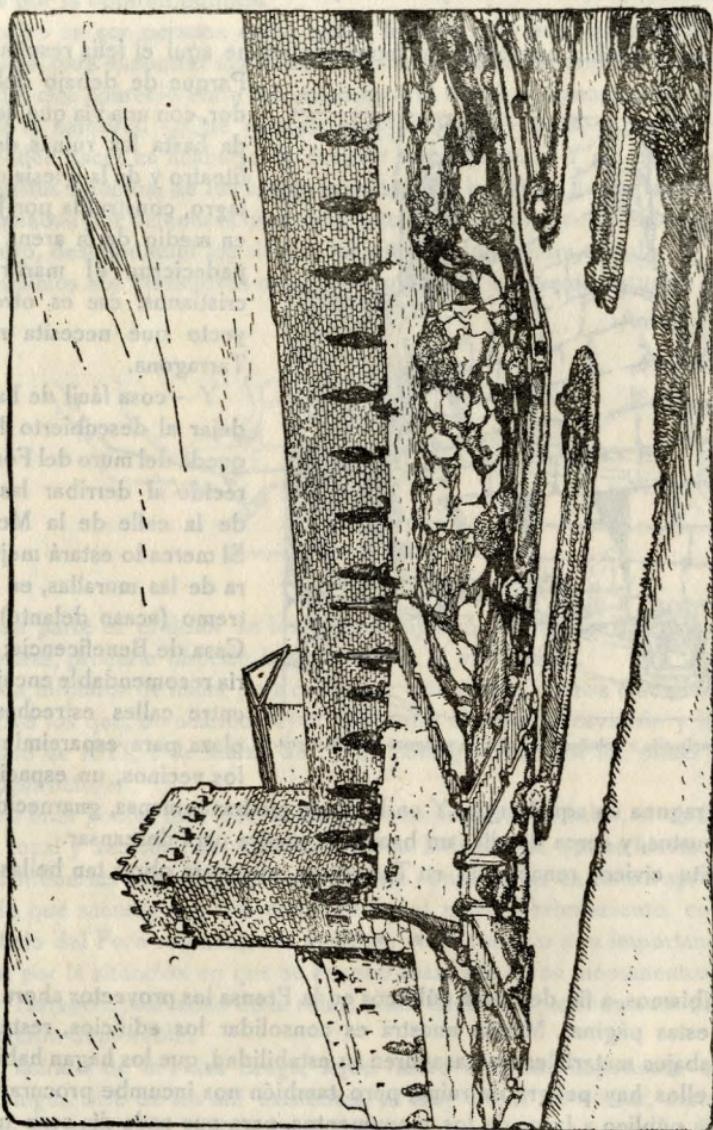
Mucho se ha destruído; pero era tanta la grandeza de Tarragona, que lo que resta tiene aún valor e importancia extraordinarias. Tarragona posee el conjunto monumental de la antigüedad más portentoso de España.

La muralla hecha por los iberos y la muralla romana. Coetánea de la de Ampurias, es obra del siglo V antes de Jesucristo en su parte baja y de atribución legendaria; la parte alta fué construída en tiempo de los Escipiones. Muralla vista por todo el mundo en el paseo de San Antonio, maltratada, mutilada por balcones y ventanas. Muralla inaccesible, cerrada por un barrio que pocos conocen, aquel lienzo de pared íntegro está lleno de pureza antigua, extendiéndose más de un kilómetro hasta la Falsa Braga.

Allí ha de construir Tarragona el paseo arqueológico más famoso del mundo. En un extremo se contemplarán los muros únicos, grandiosos (realidad que, aun



Tarragona. — Ruinas del Anfiteatro romano y de la iglesia románica del Milagro. — Proyecto de parque bajo el Mirador.



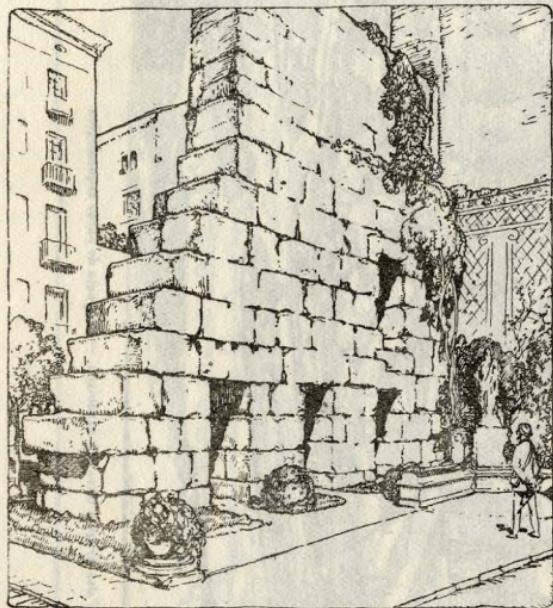
Tarragona. — Muralla de la Falsa Braga y torre del Arzobispo. — Proyecto de paseo arqueológico.

viéndola, parece fabulosa); por la otra parte, hundiéndose allá en el lejano horizonte, los campos verdes, las suaves vertientes de nuestras tierras mediterráneas. Bajo la torre del Arzobispo, una escalinata está indicada por la propia naturaleza del terreno. Vegetación, árboles macizos y bien dispuestos, columnas y estatuas, completarían el conjunto.

Embellecer la ciudad valorando los monumentos: he aquí el feliz resultado. El

Parque de debajo del Mirador, con una vía que descienda hasta las ruinas del Anfiteatro y de la iglesia del Milagro, construida por Jaime I en medio de la arena donde padecieron el martirio los cristianos: ese es otro proyecto que necesita realizar Tarragona.

Y —cosa fácil de hacer— dejar al descubierto lo que queda del muro del Foro aparecido al derribar las casas de la calle de la Mercería. El mercado estará mejor fuera de las murallas, en el extremo (acaso delante) de la Casa de Beneficencia; no sería recomendable encajonarlo entre calles estrechas. Una plaza para esparcimiento de los vecinos, un espacio libre



Tarragona. — Urbanización y embellecimiento del muro romano de la Mercería.

necesita Tarragona en aquel lugar. Y en la plaza, piedras romanas, guarneidas con yedras y arbustos, y cerca de ellas un banco de piedra para descansar.

El espíritu cívico, renaciendo en Tarragona, ejecutará obras tan bellas.

* * *

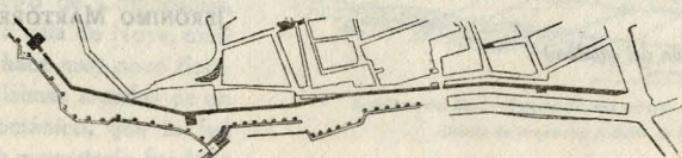
Tal escribíamos, a fin de hacer públicos en la Prensa los proyectos ahora reproducidos en estas páginas. Misión nuestra es consolidar los edificios, restaurarlos mediante trabajos materiales que aseguren su estabilidad, que los hagan habitables, cuando en ellos hay peligro de ruina; pero también nos incumbe procurar influir en el espíritu público a favor de los monumentos, para que cada día sean mirados con mayor afecto y más apreciados, pues la estimación pública es la mejor garantía de conservación.

El abandono, el descuido, perjudican a la joya más preciada. Los monumentos, mantenidos en forma defectuosa, con sus alrededores poco cuidados, con su acce-

so difícil, desmerecen en la estimación general. Y si el mérito de los monumentos no se encuentra en delicadezas de detalles, sino en la grandeza de las masas, en el carácter, en simples efectos de conjunto, entonces es muy difícil que se vean favorecidos por la opinión pública.

Preciso es ser persona culta, saber historia del arte, conocer la historia de Tarragona, para encontrar algún mérito en aquel muro de grandes piedras, mohoso, mutilado, que apareció entre los escombros al derribar algunas casas viejas no muy lejos de la catedral. «¿Qué veis en esas piedras? — decía el vulgo. — Lo mejor que pueden hacer es acabarlo de destruir cuanto antes.» Y sin escuchar la voz de los espíritus selectos, de los hombres cultos, de los hijos de Tarragona instruidos, que clamaban por detener la obra destructora, los obreros del Municipio seguían, un día y otro, desmontando los sillares majestuosos de piedra tallada.

Acudimos allí. Noticiosos del hecho, quisimos intervenir, estudiar el monumen-



Tarragona. — Planta del paseo arqueológico.

to, tomar parte en el dolor de los buenos hijos de Tarragona que estimaban aquellas piedras, procurar impedir la destrucción, si era posible.

Nada hubimos de hacer para conseguir esto último; fueron ciudadanos de aquella ciudad los que, invocando leyes aplicables al caso (Excavación y Monumentos, 7 de julio de 1911, 1 de marzo de 1912), consiguieron, por fin, poner término a la tarea destructora.

Pero eran pocos, muy pocos, los que comprendían el valor, el vivo interés histórico, local y nacional, de aquellas piedras. Difícil sería que se hiciese un esfuerzo para mantenerlas situadas dignamente, para conservarlas en forma apropiada.

Y lo que sucedía con los restos de aquel muro (perteneciente, con certeza, a un edificio del Foro romano), era análogo, en lo relativo a su importancia, a lo que ocurría, por la situación en que se encontraban, con otros monumentos arqueológicos de Tarragona, salvados de la ruina, hasta declarados monumento nacional, pero en situación deplorable.

La muralla de la Falsa Braga, aquel muro antiguo, imponente como pocos, como ningún otro de los allí existentes, es muy difícil de visitar, cerrado para el público; los restos del Anfiteatro, las arcadas romanas que sostenían las graderías, se hallan dentro de un huerto particular; y cosa semejante ocurre con las arcadas del Circo.

Valorar, dignificar la situación de estos monumentos con cierta urbanización a propósito, fuera muy conveniente. Si tal se hiciera, mucho ganaría Tarragona en el

concepto de ciudad arqueológica: muy otra sería la estimación que sus monumentos merecerían.

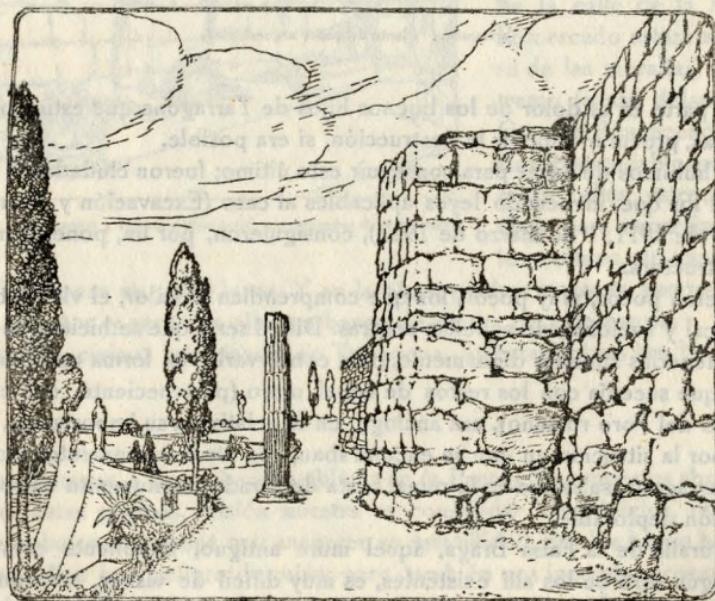
El momento era oportuno: se discutía la existencia de un antiguo monumento; se le hacía objeto de la atención pública.

Los monumentos de Tarragona sugieren soluciones de arte cívico singulares, extraordinarias: intentaremos hallarlas. Aprovechar los accidentes topográficos, combinar la vegetación con las piedras, dar valor, facilitar la visita, embellecer los alrededores, era cosa sencilla. Es claro que se trata de ideas de conjunto, de anteproyectos que afinar, que precisar.

Hechos los proyectos, la Sociedad Arqueológica Tarraconense nos honró con su patronato para divulgarlos. Y el 7 de mayo de 1919, en sesión pública celebrada en el salón de sesiones de la Diputación, fueron presentados a la ciudad. Sean ellos factor para que Tarragona armonice el culto a los antiguos monumentos con las modernizaciones exquisitas del urbanismo.

JERÓNIMO MARTORELL.

(Traducción del catalán.)



Proyecto de paseo arqueológico. — Detalle.